

PERSONAJES:

EL PADRE DON RUFO PEREZ Y HORTA-----Tenor
JUAN AQUILINO-----Tenor Joven
JULIAN, (el novio)-----Baritono
DOÑA SABA MATTA YSURIA, (ama de llaves)-----Soprano
MONSITA, (su sobrina)-----Soprano
MARIA RENARD-----Mezzo-soprano
DON EMETERIO DEL VALLE, oficial de
pompa fúnebres-----Bajo
DON REGINO CALDER-----Tenor cómico
SUS HERMANAS: Gregoria-----Soprano
 Simona-----Soprano
 Raquel-----Soprano
SARGENTO ARRAECHEA de la Guardia Civil-----Baritono
CABO GUTIERREZ de la Guardia Civil-----Tenor

Toda la acción pasa en San Juan de Puerto Rico, el 11 de noviembre de 1887 por la tarde. El segundo y el tercer acto en la sala de la Casa de Don Rufo. El tercer acto en la sacristía donde Don Rufo es cura párroco.

PRIMER CUADRO

Fuera de uno de los bastiones de la guarnición de la Guardia Civil Española cerca de las murallas de San Juan. Al lado derecho algunos guardias esperan sentados el Cambio de Guardia. Reina gran algazara. Algunos empujan jarras de aguardiente. Al lado izquierdo un grupo de amigas le hace fiesta a los guardias. Estas bailan y los soldados hacen algarabía. Es aproximadamente medianoche.

CORO DE GUARDIAS: Viva España y sus colonias!
viva, viva, viva!
Viva España y sus colonias!
viva, viva, viva!

CABO GUTIERREZ: Esta noche es noche de fiesta
pues vamos a celebrar
que estos malditos traidores
su crimen van a pagar!
Viva la Reina Regente!
Viva el Capitán General!
Esta noche es noche de fiesta
y vamos a celebrar!

(Las mujeres entre medio de risotadas y coqueterías bailan en el lado opuesto de la escena, los soldados se les acercan y comienzan a bailar la Upa, (baile desenfrenado y poco decoroso.)

SARGENTO ARRACHEA: A bailar con desenfreno
que cumplida está la misión!
Todos los presos del Morro
han de pagar su traición!
Mueran todos los traidores
por su falta de lealtad
que para eso estamos todos
a defender a España y su integridad!

CORO DE SOLDADOS: Viva España y sus colonias!
viva, viva, viva!
Viva la Reina Regente
y el que nació de su vientre!
Viva el General Palacio,
el Capitán General!

No ven ustedes como me muevo,
como camino con propiedad...
Yo soy la bella, la màs hermosa,
la primorosa Maria Renard....

CORO DE SOLDADOS:

Ella es la bella, la màs hermosa,
la primorosa Maria Renard.

MARIA RENARD:

Todos me miran, todos me llaman,
ya todos los quiero igual.
Yo tengo cosas que otras no tienen
tengo mi gracia, tengo mi sal.
No ven ustedes como me muevo, como
camino con propiedad.
Pues soy la bella, la màs hermosa
la primorosa Maria Renard.

SARGENTO ARRAECHEA:

Ven a mis brazos, muñeca mora,
vente conmigo, vente a gozar,
soy un soldado fuerte y valiente
y dentro de pronto soy oficial.

MARIA RENARD:

Ten màs cuidado,
no andes con prisa
porque màs tarde te va a pesar.

CORO DE MUJERES:

Aquí estamos todas,
todas bailamos, todas cantamos,
todas gozamos como la Renard.
Ella no es sola la que divierte
y la que encanta al oficial.

MARIA RENARD:

(A las mujeres.)
Pero yo tengo una cosita que
nadie tiene y es especial.

CORO DE MUJERES:

Jesùs nos libre de las
mañas de Maria Renard.

(Fin de la mùsica.)

CABO GUTIERREZ:

(A las mujeres.) Vamos, vamos, niñas, no dificulten la noche, que estamos juntos para gozar de lo lindo. Dentro de poco viene el cambio de guardia. Nos podemos reunir en Iña Vicenta...

(A María Renard.) A ver tú tortolita, ¿Cuándo llegaste a estas playas?

MARIA RENARD:

Hace algún tiempo. He estado por la isla. Conozco a Ponce, Sabana Grande, Yauco y San Germán.

CABO GUTIERREZ:

Buenos pueblos esos. No los conozco, pero sí sé que esos malditos autonomistas le dan mucho que hacer a la Guardia en esos pueblos.

MARIA RENARD:

No sé nada de eso. Siempre he tenido muy buenos amigos en el Orden Público.

CABO GUTIERREZ:

Está bien, está bien.
¿De donde eres?

MARIA RENARD:

De Martinica, pero tengo parientes aquí en Puerto Rico. Me vine a esta antilla para cambiar de vida. En mi tierra no había nada que hacer.

CABO GUTIERREZ:

¿Te encuentras muy solitaria aquí en la isla?

MARIA RENARD:

A veces, pero la mayoría del tiempo tengo compañía.

CABO GUTIERREZ:

¿Y dices que te llevas bien con la uniformada del orden público.

MARIA RENARD:

Tengo buenos amigos en ella. (Melosa.) Soy una niña que obedece bien todas sus órdenes.

CABO GUTIERREZ: ¿Que oficio haces?

MARIA RENARD: Soy modista, pero también lavo y plancho ropa.

CABO GUTIERREZ: Mira que bien! (Al Sargento Arrachea.) Oiga Sargento, ¿oyò usted eso? ¿No tiene una casaca que lavar?

SARGENTO: Pues mira tù, que las tengo todas sucias. Ahora atente tù a tu trabajo. Llevas mucho rato de palique con la tortolita. (A Maria Renard.) ¿Y tù, guapa, a ver cuanto me quitas por hacerme la tintoreria?

MARIA RENARD: Depende del trabajo, Sargento.

SARGENTO: Pero eso sì, las quiero pronto. A menudo me toca visitar casas de isleños y hay que ir bien presentado. Hay que dar nombre y lustre a la corona de España.

MARIA RENARD: ¿Quiere decir que a menudo va usted a arrestar a los subversivos? Sargento, eso es hablar por hablar. Todo el mundo bien se porta. Todo el mundo està conforme. Viene cualquiera de fuera y se queda en la ciudad. Al gobierno le conviene poner extranjeros en puestos claves y lo logra sin igual. Los del patio se rezagan y nunca creceràn. Nada hacen los pobres por quererse mejorar. Es la moda en la isla postergar al insular. He visto mucho extranjero ganàndose un cuartal. Los del patio no hacen nada. Todo es hablar por hablar.

SARGENTO: Ponlo tù como tù quieras, tontuela. Es nuestro deber mantener el orden y la seguridad en la colonia.

MARIA RENARD:

Bah!, Sargento, eso es hablar por hablar. Aquí no pasa nunca nada. Todo el mundo se porta bien.

SARGENTO:

Pues mira tú, morenita, no fies tanto de eso. Por algo tenemos presa a toda esa gente en el Morro. Esos infelices que se han puesto a hacer propaganda en contra de los intereses de nuestra Corona. Esos que se han puesto a vituperar el Partido Incondicional.... Albricias!, Viva España!

MARIA RENARD:

(Sumisa.) Yo estuve una vez en Cuba. Ahí sí que la cosa va mal. Cuba es para los cubanos y el que venga de fuera se queda atrás.

SARGENTO:

Más vale precaver. No se puede uno fiar de todo el mundo, tortolita.

MARIA RENARD:

No es tan fiero el león como lo pintan.

SARGENTO:

El que menos uno se imagina habla en contra del gobierno. Menos mal que tenemos un Capitán General de mano fuerte y que sabe castigar toda traición a la Madre Patria.

MARIA RENARD:

Eso es verdad, Sargento. El General Palacio tiene sus medidas para castigar. ¿No es así? Tiene la gente en cárcel o sino tiene el COMPONTE. (Pausa) Pero que nosotros sepamos aquí no ha habido compones?

SARGENTO:

Que ande lista la gente. En la Capitania General se está hablando de próximos arrestos aquí en la Capital.

MARIA RENARD:

Aquí todo parece en calma.....

noche habrá baruyo. Otra vez puedes hacer cita con la tortolita.

MARIA RENARD:

Siempre estoy a las órdenes.

(Entra un Guardia Civil)

GUARDIA CIVIL:

Sargento Arrachea, el destacamento está listo para el cambio de guardia.

SARGENTO:

Muy bien. (A Gutiérrez.) Cabo, forme los soldados. Llegó la hora de cambiar la guardia.

CABO GUTIERREZ:

Al instante, Sargento. (María Renard se encamina al extremo de la escena.) (A María Renard.) Guapa, nos vemos pronto. (María Renard, asienta con un guiño en el ojo.)

(El Cabo Gutiérrez forma el destacamento.)
A ver, soldados de la patria! Alineense con vigor!

(Los soldados se levantan de la mesa, se abotonan sus casacas y empuñan sus fusiles)

SOLDADOS:

Listos ya, mi Sargento.

(Comienza la música del Cambio de Guardia)

UN SOLDADO:

(Agarrando un sorbo de vino de la jarra que está en la mesa.) Otro más, que acabó la faena de la noche!

SARGENTO:

Más orden, soldado, cuando se está en la fila. Deme acá la jarra, yo también termino ya. (Bebe.) Este sorbo para entrar en calor. (Bebe.) Este otro por la salud del Capitán General y éste lo escupo por los presos del Morro y por todos los "secos" que anden realongos! (Al destacamento.) Viva el General Palacio!

TODOS:

Viva!

(Los soldados van saliendo de escena al compás de la Marcha Real española, la cual está interpretada con además tropical. En el momento en que comienzan a desfilar los soldados, entra precipitadamente, por el lado opuesto, el Padre Don Rufo Pérez y Horta. Es sacerdote seglar y viste sotana negra. En la cabeza lleva una teja y en sus manos un misal. Es hombre de mediana edad. Precede la entrada de Don Rufo, Juan Aquilino, monaguillo y ahijado del Padre. La entrada de Juan Aquilino está marcada por un acompasado Sapitlipón, es decir, dando brinquillos cortos.)

DON RUFO:

(Casi al entrar.) Juan Aquilino!

JUAN AQUILINO:

Mande usted, Don Rufo.

DON RUFO:

No tan de prisa, muchacho, que me llevas por la calle de la amargura. (A María Renard, quien está rezagada en un rincón de la escena.) Buenas noches, criatura.

MARÍA RENARD:

Buenas noches, señor cura; buenas noches le dé Dios.

(El padre hace un alto cerca de María Renard. Juan Aquilino parece seguir la tropa de los soldados que para este tiempo han desalojado la escena.)

PADRE RUFO:

Muchacho, espera. (Juan Aquilino se para.)

JUAN AQUILINO:

Si, señor.....

PADRE RUFO:

Este sitio es peligroso. Disimula por favor.

JUAN AQUILINO:

Padre Rufo, Padre Rufo, no me diga usted eso ahora que ya se me han acabado todas las disimulaciones.

PADRE RUFO:

(A María Renard, que se le acerca.) (El padre silba la "Danza de Juan Aquilino".)

MARIA RENARD:

Disimule usted, Don Cuña que lo van a acorralar, que la Danza ya no es secreto para el Capitán.

PADRE RUFO:

Cristo, Salvador del Mundo!
¿Quién nos habrá delatado?
Habrá que avisar a los otros que se anden con cuidado.

MARIA RENARD:

Esto sí que corre prisa, corre prisa de verdad, porque vendrán más arrestos en el casco de San Juan...

PADRE RUFO:

Eso sí que es un mal paso, ya no nos podemos citar. No tenemos contraseña para poder traficar...

JUAN AQUILINO:

¿Se puede saber que pasa que no me puedo enterar?

PADRE RUFO:

Calma, calma, monaguillo, tu turno ya llegará. Vente para acá un instante y pórtate con propiedad. Los cachachos de la Guardia conocen la contraseña, a lo mejor nos arrestan si conocen la verdad, que la cancioncita es tuya y nos da nuestra identidad.

JUAN AQUILINO: Anda al Diablo, que de lios!
No habrá quien nos salve ahora
si conocen la verdad....
(Mirando a María Renard.)
Este debe ser el nuevo agente
de quien le hablaron en Ponce...

PADRE RUFO: Propiedad.

JUAN AQUILINO: ¿Cómo dijo que se llamaba?

PADRE RUFO: María Renard.

MARIA RENARD: (Asintiendo con la cabeza.)
(A Juan Aquilino.) Tú serás el
monaguillo que hasta en Ponce se
conoce. Dicen que eres vivo y
listo. Entonces tú defiendes la
causa del sacerdote?

DON RUFO: ¿què se sabe de Arrillaga?

MARIA RENARD: Llegò a España ya....

DON RUFO: Habrà planteado su queja
al ministro de ultramar.

MARIA RENARD: No sabemos todavìa,
a lo mejor ya.

DON RUFO: Màs vale que así sea,
soportar ya no podemos
los agravios de Elacio,
ni los secuaces que tiene
porque esos son màs perversos
al renegar de su patria
cuando aceptan las mercedes
que ese dèspota les cede.

MARIA RENARD: Hay algo raro en el aire
que pronto se va a saber
van a arrestar mucha gente
en el casco de San Juan.

JUAN AQUILINO:

Pues vamos a la batalla
como fieles ciudadanos
Pues vamos a la batalla
como fieles ciudadanos.

PADRE RUFO:

(Reflexionando.)
En la Isla hay mucha gente
que no sabe contestar
cuando la guardia pregunta:
"¿Eres mojado o eres seco?"
Y los llevan a la cárcel
vejando su santa inocencia
y recurren al componte
sin la más leve clemencia.

RUFO Y AQUILINO:

Pobre patria borinqueña
mi tierra y mi suelo amado
naciste con la desdicha
de tu miserable hado.

Peregrina en tu camino
por los campos de tu historia
pero tienes trazos de fuerza
que te ofrecerán la gloria
con tu sol resplandeciente.

(Se oye el toque del Cambio de Guardia en una corneta; voces de soldados siguen al toque. Poco a poco se van acercando y se oye el ruido de los pasos de los soldados.)

MARIA REYNARD:

Ciudadano, Padre!
Ya viene la guardia nueva,
más conviene precaver,
con cautela y disimulo
nos podemos ver.

PADRE RUFO:

Mañana es un mal día
para hacernos compañía.
Tenemos boda en mi casa
y no se puede alterar,
no por culpa de la novia
sino por Doña Sabà.

JUAN AQUILINO:

Oiga la guardia!
Padre es un lio de mil demonios
pero hay que salir de este embrollo.

(Entra la nueva Guardia cantando la Marcha Real Española. Padre Rufo, Juan Aquilino y María Renard permanecen quietos en el rincón de la escena. El Padre hace ademán de bendecir la tropa y se va acercando al público como para que los soldados no escuchén.)

PADRE RUFO:

(Haciendo ademán de bendecir pero luego se arrepiente.)

Perdóname Señor Mío,
que no puedo ser traidor,
a ninguno de esos perros
les doy yo la bendición!

JUAN AQUILINO:

(Un poco despistado.)
Quite Padre, quite!
En esa maldita gente
no gaste sus bendiciones
que cuando todos se mueran
San Pedro arriba en el cielo
le cerrará los portones.

(La Guardia Civil se instala en su puesto y miran respetuosamente al Padre, quien apura sus lecturas sacras en un misal. Juan Aquilino parece intranquilo. María Renard, más serena.

PADRE RUFO:

¿Listo? (A Juan Aquilino.)

JUAN AQUILINO:

(Al padre, disimuladamente.)
A volar, que el sol cambea!

(Salen precipitadamente Don Rufo y Juan Aquilino. María Renard, sola en escena comienza a hacer coqueteterías a la Guardia, mientras la orquesta entona los couplets de María Renard. Se va acercando a la esquina donde

-14-

està acantonada la Guardia Civil, mientras
va cayendo el telòn lentamente y deja ver
que Maria Renard va a entablar amistad con
la nueva Guardia.

T E L O N

S E G U N D O C U A D R O

En la sala de la casa de Don Rufo. Puertas a los laterales y salida al fondo. El mobiliario es modesto pero bastante bien cuidado. Doña Sabà, ama de llaves del Padre, termina unas puntadas en el velo de Monsita, su sobrina. En San Juan de Puerto Rico, a once de noviembre de 1887.

DOÑA SABA:

El velo està casi listo,
sòlo falta colocar
la corona de azahares
y el adorno por detrás.

Que linda te veràs
esta tarde en el altar!
No habrá habido nunca novia
màs bella en todo San Juan!

MONSITA:

No exageres, tía querida,
El amor a ti te ciega.

DOÑA SABA:

Es verdad lo que yo digo.
Lo siento en el corazón.

MONSITA:

Mil gracias de todos modos,
estàs llena de bondad.
No sabría como pagarte
todo lo que has hecho ya.

DOÑA SABA:

No hables tú de eso Monsita
que me voy a entristecer.
Tal vez acabe yo en llanto
y en este tu día santo
mal presagio puede ser.

(Triste) Tu madre en el cielo
sabe como he velado por ti.

MONSITA:

Mi querida tía Sabà
de eso estoy agradecida.
Todos estos sacrificios
el Señor los pagará.

- DOÑA SABA: El Señor te cuide siempre!
Termino con el repulgo
que se nos hace tarde
y quiero que todo esté listo
cuando aparezca el Padre.
- MONSITA: (Añorante) Como vuela el tiempo
mi querida tía! Nunca había
pensado que llegara el día en
que me separaría de vuestro lado.
Tía, tía, me estoy poniendo
nerviosa. No se que me ha pasado.
- DOÑA SABA: Esas cosas son naturales, hija mía!
- MONSITA: Yo quiero mucho a Julián
pero me da pena
salirme del hogar.
- DOÑA SABA: Vamos hija, que eso pasará.
Si hija, te pasará
Es un paso grande
el que hoy vas a dar...
Pero ésta será tu casa de siempre.
Ya pronto no serás la niña de antes
y de ahora en adelante
serás la esposa de Julián...
Pronto tendrás tu casa
y tus hijos que cuidar.
- MONSITA: Y pronto tendré mi casa
y mis hijos que cuidar...
- DOÑA SABA: Y en esta casa quedamos
Sólo Don Rufo y Sabá.
- MONSITA: Juan Aquilino estará con ustedes.
- DOÑA SABA: Ese maldito truhán!
Ese ya no es compañía
nunca se le ve por casa.

¿Sabe Dios que cosa hace
por las calles de San Juan?
No hay quien lo meta en cintura
ni lo haga obedecer.
La culpa es del padre cura
por quererlo complacer.

MONSITA:

El pobre Juan Aquilino
lo quiero como un hermano
ya ve usted que todo el tiempo
nos llevamos lo más bien.
(Pausa)

"Pobre Diablo", tú dirás.
Es un huérfano de madre
y de padre borrachón.
No tiene a nadie en el mundo
Velemos pues por su vida.

DOÑA SABA:

A ese maldito truhán
yo no le río las gracias.
Y eso lo sabe Don Rufo.
Tiene un reguero en su cuarto.
Ya nadie puede con él.

(Tocan a la puerta.)

DOÑA SABA:

Será otro regalo. (Pausa.)
Espera, yo abriré la puerta.
Nadie te debe ver antes de ir
a la iglesia.
(Monsita se retira algo.)
(Doña Sabà va a la puerta. Entra
Don Regino Calder.)

Buenas tardes, Don Regino. (A
Monsita.) Sal Monsita, que es el
bueno de Don Regino.

DON REGINO:

(Con un regalo en las manos.)
Buenas tardes las tengan ustedes.
(A Monsita.) Mil felicidades en
este hermoso día. (Pausa.) Que linda
estás, niña mía! ¿Verdad Doña Sabà?

Dios te guarde! Aquí tienes un regalito hecho por mis tres hermanas. Que lo goces mucho Monsita, en nombre de mi familia.

MONSITA: ¡Qué gentileza la vuestra!
Muchas gracias, Don Regino,
a usted y a sus hermanas.

DOÑA SABA: A ver Monsita, abre el paquete!

MONSITA: Sí tía, lo abro al instante.
(Abre el paquete.)

DOÑA SABA: ¡Qué hermosa bufanda!

MONSITA: ¡Qué maravilla!

DON REGINO: La han hecho con sumo esmero
a pesar de sus muchas dolamas.

DOÑA SABA: ¿Cómo siguen sus hermanas?

DON REGINO: Casi, casi me olvidaba.
Ellas quieren ver al cura.
El es sólo quien me las consuela,
si él me hace la caridad.
Las rocca con su bondad y con
mucha agua bendita. Se me calmarán
las tres y descanso yo también.

DOÑA SABA: No se lo puedo asegurar.
El Padre estará hoy ocupado.
¿Podrían esperar hasta mañana?

MONSITA: Es, que, vera usted!

DOÑA SABA: Bueno.

DON REGINO: Ellas quieren que sea hoy, están
desesperadas. Además el padre
siempre las anima luego de con-
fesarlas. (Pausa) Le digo Doña
Saba que mi vida ya no es vida.
Si supiera mi suplicio.

DOÑA SABA: Me lo figuro.

MONSITA: Pobre, Don Regino.

DON REGINO: Soy el esclavo de sus múltiples dolamas. Cuando una no está grave la otra está con quejidos. Son muchas noches que me paso en vela. Pobre Gregoria, pobre Simona, pobre Raquel. (Pausa.) Sólo Don Rufo me las consuela y las alivia a toditas tres.

DOÑA SABA: Pobrecitas criaturas!
Tanto sufrir en la vida!

DON REGINO: Así era nuestra madre que en el cielo Dios siempre la guarde. La pobre pasó la vida en un perpetuo lamento. Igual que las tres hermanas: Gregoria con su lumbago, Simona con su dispepsia, y el asma de Raquel. Ay Señor! Se me olvidaba el dichoso asma de Raquel.

MONSITA: -¡Qué lástima de criaturas!

DOÑA SABA: Son tres almas muy piadosas

DON REGINO: Ya debo de retirarme, están solas en la casa. Buenas tardes todas. (A Monsita) Que seas feliz en tu matrimonio! (Sale de escena)

MONSITA: Adiós y gracias Don Regino!

DOÑA SABA: Buenas tardes Don Regino. Menos mal que no se ha casado y a las tres hermanas su vida ha consagrado.

DOÑA SABA: Ya debe de venir Don Rufo, se fue luego de almorzar. Se trae una prisa entre manos

que no nos deja respirar. Ah!
El demonio de monaguillo
con el seguro estará:
No bien salió el Padre Rufo
él se le fue detrás.....

DOÑA SABA:

Ya le dije al monaguillo
que llevara el equipaje
porque el cochero no espera
y se te retrasa el viaje.

MONSITA:

(Pausa) Todo está listo,
¿verdad?

DOÑA SABA:

Que yo sepa, nada falta, pero
vale la pena asegurarse. Siempre
se olvidan detalles que se pueden
componer. El viaje a los Baños
de Coamo se tomará muchas horas.

MONSITA:

(Con picardía) Ya me cuidará
Julián!

DOÑA SABA:

Así esperamos todos....En asuntos
de matrimonio.

MONSITA:

(Interrumpiéndola) Te suplico
tía, no me des otro sermón.

DOÑA SABA:

Estás tan exasperada.

MONSITA:

Un poco nerviosa nada más.

DOÑA SABA:

Más conviene serenarte. Voy a
ver si todo está en orden.

(Entran inesperadamente Don Rufo y Juan
Aquilino.) (Se oye tema de la Danza de
Juan Aquilino.)

MONSITA:

Ya llegaron por fin. (A Juan
Aquilino) ¿Ya tienes listo el
equipaje?

- JUAN AQUILINO: (Aparte) Tendré listos dos equipajes.
(El Padre Rufo se sienta en la butaca.)
- MONSITA: (Al Padre) Pobre Padre Rufo, mi querido padrino. Debe de estar bien cansado. Descanse un poco, hay tiempo todavía. Yo me voy con la tía a ver que más falta por arreglar. (Sale Monsita por la puerta de la derecha.)
- PADRE RUFO: En que lío nos hemos metido, Juan Aquilino!
- JUAN AQUILINO: Eso lo veía venir.
- PADRE RUFO: Los incondicionales nos han descubierto el pastel. Saben hasta la contraseña. Ya no podemos pitar la danza.
- JUAN AQUILINO: La Danza de Juan Aquilino. Todo San Juan lo sabe aunque usted nunca se junta con los incondicionales. Usted tiene la Iglesia de los pobres y ellos no se creen iguales. (Pausa) Lo habrán visto en la Imprenta de Don Pepe Julián Acosta, o de palique con Don Julián Blanco.
- PADRE RUFO: Voy a la imprenta a imprimir novenarios.
- JUAN AQUILINO: Y alguna que otra hojita suelta para distribuirla en Río Piedras.
- PADRE RUFO: Bueno...., es verdad... También visité los presos del Morro para darle auxilio espiritual.
- JUAN AQUILINO: Y algo más...¿Verdad?... Como aquello de las visitas a Ponce, a Yauco y a San Germán cuando fui a investigar los comosteados de todo aquel litoral.

PADRE RUFO: A visitar mis familias, te digo.

JUAN AQUILINO: Y a los grandes autonomistas, sobre todo a Don Román.

PADRE RUFO: Que en su triste celda del Morro, Dios le dé tranquilidad.

JUAN AQUILINO: Ujú...vamos a ver quien le cree.

PADRE RUFO: Yo condeno el Componte y la injusticia social. Condeno al ogro Palacio y al que aplaude su maldad.

JUAN AQUILINO: Si del arresto se enterara la vieja Doña Sabá, seguramente dirá: (Imitando la voz de la vieja Sabá.) --"Padre, padre! ¡Qué vergüenza para el clero puertorriqueño! ¡Qué cosas la gente dirá!

PADRE RUFO: Que le vamos a hacer. Sabes tanto catecismo que me puedes reemplazar cuando me vaya de viaje o me saquen de San Juan.

JUAN AQUILINO: Ya imagino a Doña Sabá: "¡Qué vergüenza para el clero puertorriqueño!

PADRE RUFO: Pobre clero puertorriqueño, somos tan poco en verdad.

JUAN AQUILINO: ¿Qué esperamos, Padre Rufo?

PADRE RUFO: Por lo menos, déjame pensar.

JUAN AQUILINO: Vamos a esperar a que venga el orden público a arrestarlo.

PADRE RUFO: (Con desdén) Mira, diablo, no digas eso. Por poco me haces blasfemar.

Esta tarde tomo una goleta que me lleve aunque sea hasta Trinidad.

JUAN AQUILINO: ¿Y el Señor Obispo, que dirà?

PADRE RUFO: De eso me he guardado ya.
No te olvides que este cura es un cura seglar.
Cuando todo vuelva en calma volverè a ser el cura de almas de esta ilustre capital.

JUAN AQUILINO: Pues entonces, a la obra, mi capitán!

PADRE RUFO: Disimula delante de las damas.
Fadie debe de saber nada.
A Doña Sabà se le dice que me voy de vacaciones.
(Cariñoso) Y tù mi fiel monaguillo cuando llegue el nuevo cura asciendes a sacristàn.

JUAN AQUILINO: Buen empleo me tocarà....

PADRE RUFO: Calla ahora, las señoras llegan ya.
(Entran doña Sabà y Monsita.)

DOÑA SABA: Ya tenemos todo listo Don Rufo.

JUAN AQUILINO: (A Doña Sabà)
¿Las maletas donde estàn?

DOÑA SABA: En la alcoba alcornoque.
¿Dònde màs pueden estar?

JUAN AQUILINO: ¡Ay Jesús! ¡què furia tiene la pobre Doña Sabà.
(A Don Rufo, aparte.)
¿Y la suya, con cuantas mudas de ropa?

PADRE RUFO: (Aparte.) Tres sotanas, dos bufandas, tres calzones, el misal y algo màs. Digo..los enseres de mi uso personal.

DOÑA SABA: De todo eso me he cuidado ya. Ya le he puesto las bufandas y desde luego el misal. Ya usted sabe bien Don Rufo lo piadoso y religiosa que es.

PADRE RUFO: Menos mal que no cae en cuenta. (A Juan Aquilino) A las cinco y media en punto.

DOÑA SABA: Ya habrá pasado la boda.

PADRE RUFO: (Aparte) Porque no se queda muda para que me deje cavilar.

JUAN AQUILINO: Será a la hora precisa.

DOÑA SABA: (Siempre en la conversación original) A la hora precisa será. Dentro de poco llega el padrino.

JUAN AQUILINO: (Al Padre) A la Iglesia seguro no irán.

PADRE RUFO: Está por medio el asilo sagrado.

DOÑA SABA: Me consta que llegará.

PADRE RUFO: Y a mí, que aquí no vendrán.

JUAN AQUILINO: ¡Libranos Dios del Compone!

PADRE RUFO: De las bóvedas del Morro, librame San Cleofonte!

(Tocan a la puerta.)

PADRE RUFO: (Exasperado) Juan Aquilino, pregunta, "¿Quién va?"

DOÑA SABA: Será Doña Filomena, que a la boda invitada está.

PADRE RUFO: No hagas caso, monaguillo,
tù pregunta ¿Quién va?

MONSITA: ¿Qué sucede en esta casa?

PADRE RUFO: No te importe lo que pasa.
(Doña Sabá abre la puerta y entra
María Renard.)
¿Qué vieja imprudente èsta!
¿Por qué un rayo no la tesa?

JUAN AQUILINO: (A Don Rufo, quien se ha vuelto de
espaldas para no ver.)
Es tarde, Don Rufo, la puerta està
abierta.

MARIA RENARD: Buenas tardes.

DOÑA SABA: (Sorprendida) ¿Qué quiere usted en
esta casa? No recibimos visitas.
El padre està ocupado y no la puede
atender.

MARIA RENARD: ¿Hoy se casa la sobrina del Cura?

DOÑA SABA: Mi sobrina. (Con fuerza)

MARIA RENARD: Para mis efectos, es igual.

DOÑA SABA: (A Don Rufo) Don Rufo, imponga
usted seriedad.

PADRE RUFO: (Estupefacto) ¡Hija del cielo!,
¿Qué te trae a estos lugares?
¿Quieres mi consejo espiritual?

MARIA RENARD: Sí, Padre, anoche no pude confesar,
me pasè la noche en vela.

JUAN AQUILINO: (A Doña Sabá) Es piadosa la
extranjera.

DOÑA SABA: (Con sorna) Es una situacìon incò-
moda para nosotros, mujeres decentes.

(Entre dientes) Ninguna mujer de su casa se viste así. La pinta la trae en la cara.

MARIA RENARD: (A ellas.)
Virgenes de caudal!

JUAN AQUILINO: (Disimulando) ¡Qué graciosa!
¿Verdad?

DOÑA SABA: No le veo la gracia. ¿La ves tú,
Monsita?

MONSITA: Me da igual.

DOÑA SABA: (A Monsita) Ciertamente, Don Rufo
se trae unas amistades!

PADRE RUFO: (Disimulando) Soy pastor de todas
mis ovejas, mi querida Doña Sabà.
Casi nunca el mal anda por fuera
sino escondido atràs. (A Maria
Renard) Ven palomilla sufrida, ven
conmigo a confesar.

DOÑA SABA: Padre Rufo, por piedad! ¿Que va a
pensar Monsita el día que se va a
casar?

PADRE RUFO: Pensarà que al remanso santo de este
cura acuden todas las criaturas.

MARIA RENARD: Serè breve señora. (A Don Rufo)
Padre acòsome de mis culpas...

PADRE RUFO: (Interrumpiendo) Aquí no, en privado
por caridad. La confesiòn es sagrada.

DOÑA SABA: Hoy no debe atender confesiones el
Señor Cura.

MONSITA: (A Doña Sabà) Tía, mantenga usted la
serenidad.

JUAN AQUILINO: Así se habla, querida prima.

- DOÑA SABA: ¿De donde sale esa parentela?
- PADRE RUFO: (A María Renard) Acercate paloma contrita. Ven. ¿Has hecho examen de conciencia?
- MARIA RENARD: ¿Examen de que?...
- PADRE RUFO: No importa hija mía. Yo te llevaré por la senda de la verdad. Ven para que alcances la gloria celestial. (A Juan Aquilino) Esta se trae algo entre manos. ¿Qué noticias me traerá? (Complacido) ¡Santo Cristo, sea tu voluntad!....
- DOÑA SABA: Se está haciendo tarde. ¿El novio no vendrá? ¿Alguien lo ha visto hoy?
- JUAN AQUILINO: Lo vi esta tarde.
- DOÑA SABA: Estará en la Iglesia.
- MARIA RENARD: Padre, ¿puedo confesar?
- PADRE RUFO: Sí, hija mía, acércate. El secreto de la confesión es atributo sagrado.
- JUAN AQUILINO: Y aún más esta confesión.
- MARIA RENARD: Pero aquí delante de la gente....
- PADRE RUFO: No... (A Doña Sabà y a Monsita) ¡Amables criaturas, por el amor de Cristo y la agonía de su pasión...(Impetuoso) ¡Desalojad la sala!...(A Juan Aquilino) Tú también fiel monaguillo, que el sacramento es sagrado y privado. (Salen Monsita y Doña Sabà. Juan Aquilino hace por alejarse pero se esconde tras una cortina.)
- MARIA RENARD: Ahora, verdad....

- PADRE RUFO: A confesar, hija mía, tu fe te ha de salvar. (Puesta la vista por donde han salido Doña Sabà y Monsita.)
- MARIA RENARD: Vamos al grano, Don Rufo, que no se puede esperar. Hoy lo vienen a arrestar.
- PADRE RUFO: Eso ya lo sé.
- MARIA RENARD: ¿Tambièn sabeusted que toda la Guardia Civil conoce la contraseña? Alguien lo ha acusado en Palacio. (Pausa) Saben lo de las hojas sueltas que usted prepara en Río Piedras.
- PADRE RUFO: Perdido estoy! Esa maldita danza!
(Sale Juan Aquilino de detrás de la cortina y silba la danza.)
- PADRE RUFO: (Impetuoso) Calla tú, rufián!
- MARIA RENARD: Lo van a llevar al Morro.
- PADRE RUFO: Animas benditas del purgatorio, todavía no quiero hacerles compañía!

(Sale inesperadamente Doña Sabà)
- DOÑA SABA: ¿Terminò ya, Padre? Esperamos al padrino o nos vamos a la Iglesia? Esta debe de ser gran pecadora.
- PADRE RUFO: (Molesto) Espera afuera Doña Sabà.
(Acentuando la voz) La fiel devota no ha recibido la absolución.
- DOÑA SABA: (Percatándose de Juan Aquilino)
¿Y tú gandùl desgarrado, que haces aquí presente? ¿No respetas que Don Rufo està confesando esa gente?
- PADRE RUFO: ¡Por caridad, por caridad! ¡Esperad todos afuera! (Tocan a la puerta)

DOÑA SABA: ¡Qué nervioso está Don Rufo!

PADRE RUFO: Otro más!

DOÑA SABA: Será el padrino, esta vez.

PADRE RUFO: Cuidado con esa puerta!

DOÑA SABA: Sólo yo mantengo la serenidad.
(A punto de salir)

PADRE RUFO: Esperemos otro toque para mayor seguridad! (Tocan a la puerta)
No parece toque oficial. Debe ser Don Emeterio. (A Juan Aquilino)
Abre tú la puerta! (Juan Aquilino abre la puerta y entra el padrino Don Emeterio, director de una empresa de pompas fúnebres)

DON EMETERIO: Buenas tardes todos, aquí tienen al padrino. No hay mejor mano en toda la Capital.

JUAN AQUILINO: Sí, como dueño de una funeraria, no hay nadie que amortaje la gente como él.

DON EMETERIO: ¿Y la novia? ¿Y la madrina? ¿Y esta chica que aquí veo, es también una invitada?

DON RUFO: Mi buen amigo Don Emeterio, sírvase esperar adentro. Ilega al preciso momento. (Don Emeterio mira de reojo a María Renard.)

DON EMETERIO: ¿Qué sucede?

JUAN AQUILINO: El padre está confesando. (Señalando a María Renard)

DON EMETERIO: ¡Qué hora más impropia para perdonar pecados!

Salgo al instante. (Mira a María Renard) (Ella permanece estática en su sitio) ¡Conque, a confesar! (María Renard asienta con la cabeza)
Vamos adentro.

PADRE RUFO:

(A María Renard) Nada más, absuelta de toda falta. (Pausa) Dime, ¿hay algo más?

MARIA RENARD:

Que yo sepa, nada más.

PADRE RUFO:

Bien, ahora a trabajar. Hay que despistar la Guardia.

MARIA RENARD:

Tiene usted que actuar pronto...

PADRE RUFO:

Ya, Ya... (Se oye desde afuera a alguien silbando la Danza de Juan Aquilino.)

MARIA RENARD:

¿Quién será ahora?

PADRE RUFO:

Esta vez sí que es Julián.
(Abre la puerta.)

JULIAN:

Buenas. (A María Renard) Usted me tiene cara de ser del grupo.

MARIA RENARD:

Número 326.

JULIAN:

¿La de Martinica?....

MARIA RENARD:

Sí, hace dos semanas que estoy en San Juan.

JULIAN:

(La mira con malicia) Bien requetebien!
(A Don Rufo) ¿Y mi novia, Padre Rufo, dónde está?

PADRE RUFO:

(Sigilosamente) Allí adentro está.
Shhh... Si te oye Doña Sabá se compli-
can las cosas.....

JULIAN:

No, si ya me voy, dos
palabras nada más.
Vengan todos hacia acá...

Ayer recibieron un cable
en Capitanía General.
Todo el mundo está intranquilo
nadie sabe qué será....
Lo cierto es que algo raro
va a pasar en San Juan.

Esta mañana temprano
llegó un barco a la bahía.
Ha anclado con gran misterio
y no permiten la entrada.
Nadie ha visto desembarco
ni tampoco mercancía.
Es un barco conocido
y de todos maldecido.
Hace siete meses trajo
a Palacio y a su gente

El barco este se llama
La Isla del Cebù.

MARIA RENARD:

Ese mismo que usted nombra
que trajo tanta sombra.
¿Què se traerà entre manos
el gobierno de ultramar?

JULIAN:

Todavía no se sabe nada
pero pronto se sabrà...
Se sabe que Juan Arrillaga
cumplió bien con su misiva,
pero de lo que allá dijeron
nada sabemos todavía....

PADRE RUFO:

Lo cierto es que si no apuro
esta tarde a mí me arrestan...

JULIAN:

Despistemos la Guardia
para ver lo que sucede.

PADRE RUFO:

Hoy que buscar la manera.
Mientras tanto hoy me marcho

a la isla de Trinidad.
Ya lo sabe el Obispo y
cree que es lo más prudente
para callar a la gente.
No conviene en este instante
la Iglesia esté en entredicho.
Luego vendrá el castigo
por meterme a subversivo.
Cara pagare la ocurrencia.

JULIAN

Un viva! al Señor Obispo
por tener tanta prudencia.

PADRE RUFO:

Fay que tener la manera
de desoistar a los guardias.

(Juan Aquilino sale precipitadamente
de detrás de la cortina)

JUAN AQUILINO:

Hace rato que aguardaba
instrucciones para el momento.
(A Don Rufo) Aquí estoy yo Padre
Rufo a servir como usted mande.

PADRE RUFO:

Menos fuerte, monaguillo
no levantemos sospechas...

JUAN AQUILINO:

(Vivificando con gestos su parla-
mento)
No se olvide Padre Rufo
que siempre estoy yo dispuesto
a darles con el martillo..

PADRE RUFO:

Ten más calma que la ley
de Dios lo prohíbe. Eso
sería agresión y pecado mortal.
Buscaremos la manera de entrete-
nerlos hasta que pueda yo el
vuelo alzar.

MARIA RENARD:

Ocorre prisa, Don Cura.

JUAN AQUILINO:

En verdad.....

- PADRE RUFO: (Reflexionando) Seguramente la Guardia a esta casa ha de venir. En la Iglesia no prenden por el viejo derecho de asilo. (A Juan Aquilino) Oye tù, que de ti depende mi vida. Los esperaràs aquí y les daràs todo el aguardiente que haya en la casa. Les daràs todo el tiempo mientras dura la boda y me dà tiempo de partir.
- JUAN AQUILINO: Sì, mi señor Don Rufo. Descuide usted. Ya no podràn dar un paso. Hay tres galones de vino en bodega. (Aparte) Aún queda el de consagrar.
- PADRE RUFO: Te he oído. De todos modos, si hiciera falta para la Misa, ya lo mandaría el Señor Obispo.
- JULIAN: Entonces, ya nohay más nada que hacer.
- JUAN AQUILINO: Buena fiesta voy a tener! Hasta el oje pondrè a los guardianes.
- JULIAN: Padre y ahora debo marcharme. Me voy camino a la Iglesia a esperar allà a la novia. ¿No tardarà usted? (Sale de escena)
- PADRE RUFO: No te ocupes tù, Julian. Yo tambièn tengo mi prisa. Desde ahora en adelante mi teniente (Señala a Juan Aquilino) tiene el mando.
- JUAN AQUILINO: ¿Busco el vino, Padre Rufo?
- PADRE RUFO: Cuando se vaya Doña Sabà.
- JUAN AQUILINO: Entendido, mi Capitàn!
- PADRE RUFO: (A Maria Renard) ¿Vienes tù con nosotros?
- MARIA RENARD: ¡Dios me libre, mi Capitàn! A mì no me atraen las bodas y hay mucho que

trabajar. Voy a averiguar sobre el barco y del cuartel General. Nos veremos luego, y si no nos vemos esperare su regresar. Me està gustando esta cosa de curas, de Iglesia y de confesar... (Guiña el ojo y sale de escena.)

PADRE RUFO: (A Juan Aquilino) Anda, trae tÙ la gente.

JUAN AQUILINO: No se preocupe usted, Padre, vienen ya de camino. (Se siente murmullo de gente. Entran Doña Sabà, Fonsita y Don Emeterio)

DOÑA SABA: Ya me estaba preguntando, ¿què confesión tan larga!

PADRE RUFO: Todo eso sucede en la viña del Señor. (Pausa) Estamos todos en estado de gracia. (Aparte) No habrá loseta fría para mi mullido cuerpo. (A Todos) ¿Listos ya?

DOÑA SABA: ¿Estará Julián en la Iglesia?

PADRE RUFO: En la Iglesia està, Doña Sabà. (Tocan a la puerta) Otro mas....Pregunta, ¿quién va?

DON REGINO: (Desde fuera) Abrídmeme por caridad, Abrídmeme en nombre de Dios!

DOÑA SABA: Don Regino, con èsta es la segunda vez que viene!

PADRE RUFO: (Ènergico) Hoy no verè las jmonas.

JUAN AQUILINO: Vendrà por confesión, sermòn y la extreamanunciòn.

PADRE RUFO: Abre, Juan Aquilino. (Juan Aquilino abre la puerta y entra Don Regino bien preocupado)
Esta tarde se nos casa Fonsita con el amigo Julián. He estado muy afeitado en el ministerio sacerdotal. Pasada la boda

tomaré una pequeña licencia que me confiere el obispado. (A Don Regino) No puedo ver a sus hermanas. Ayer gasté en ellas los últimos santos oleos dispuestos para el mes de noviembre. No olvide usted, Don Regino, que aquí también se muere otra gente. (A Don Emeterio) ¿Qué usted cree, Don Emeterio, compadre?

DON REGINO:

Sé que no es el momento propio pero si sacara un lugarcito aunque no tenga usted oleos. A Simona le ha dado un ataque, Ay, y el asma de Raquel.

JUAN AQUILINO:

¿Y a Doña Gregoria?

DON REGINO:

La pobre no está muy bien.

PADRE RUFO:

(Con afirmación) Eso es hoy imposible. Estamos camino al altar.

MONSITA:

Si esto no acaba pronto yo me voy a desmayar.

PADRE RUFO:

(A Don Regino) Vaya usted donde el Padre Peña, él lo podrá acompañar.

DON REGINO:

(Resignado) El beatísimo Padre Peña no les puede dar consuelo. Funca oye sus lamentos por su terrible sordera.

JUAN AQUILINO:

Es un magnífico sacerdote. Yo siempre me confieso con él.

PADRE RUFO:

(Con desdén) Se entiende, no me cabe la menor duda.

DOÑA SABA:

Si no oye nada.

DON RUFO:

(A Don Regino) Mire usted qué tengo prisa! Volviendo a sus hermanas, lo que han de confesar no vale la pena oír nada. Vánde usted al Padre Peña.

- DOÑA SABA: Vaya usted en buena hora que la tarde ya termina y tenemos nuestra boda.
- DON REGINO: Se me mueren Padre, se me mueren esta vez.
- JUAN AQUILINO: Un siglo llevan de muerte. No se mueren, Padre, no se mueren las tres. Una se agrava los lunes y los jueves también. Doña Simona los martes y los viernes Doña Raquel. (Pausa) Cataplasmas de belladona y tres cuartillos de miel. No se ocupe, Don Regino, que no se mueren las tres.
- PADRE RUFO: (Determinado) Se hace tarde. Venga usted a la boda. Veremos a ver si después....
- JUAN AQUILINO: ¿Qué almacén de jamonería tiene el pobre que mantener!
- DON LLETORIO: Nos vamos, Padre Rufo, que esta boda se retrasa.
- PADRE RUFO: Al instante, fiel padrino, que la prisa la tengo yo.
- DOÑA SABA: Ven acá Monsita. Te pondré el velo. (Hace además de ponerle el velo de novia que viene cargando en sus manos)
- PADRE RUFO: No lo haga usted todavía. La gala en la sacristía.
- DOÑA SABA: Es que ocurre prisa!
- PADRE RUFO: ¡Por centésima vez! Listos ya, salgan todos. Yo seré el último en salir...
- PADRE RUFO: Pase usted, Doña Saba, pase tu querida Monsita, Don Regino pase usted y usted, Don Lletorio sírvase pasar también.

(Juan Aquilino se desaparece súbitamente de la sala. Van saliendo uno a uno los personajes. El Padre Rufo se requeña en la puerta de salida. Entra Juan Aquilino con dos garrañones de vino en sus manos.)

JUAN AQUILINO:

(Mostrando los dos garrañones) ¡Padre, con la venia de Doña María Cristina, Su Majestad!...

PADRE RUFO:

(Con sorna) ¡Esos malditos soldados cachacos todo el vino sin piedad. (Hablando hacia afuera) Esperadme en sacristía que con ustedes estare ya.....

TELÓN RÁPIDO

T E R C E R C U A D R O

La misma escena del cuadro anterior. Algunos minutos más tarde. Juan Aquilino se emperifolla con atuendos de mujer. Tiene una saya puesta y se abotona una blusa. A su lado tiene una peluca que comienza a arreglar. Luego de algunos instantes se coloca la peluca sobre su cabeza y se mira en el espejo.

JUAN AQUILINO:

No está mal por el momento
este horroroso disfraz.
La peluca de San Pablo
se me va a caer pa' atrás.
y si me arreglo el bucle
biscorioco he de quedar.
Al demonio con peluca
me estoy pareciendo ya.

Este gadejo delante
y este otro para atrás.
No está mal, no está mal
hay que ver si se pueden
engañar.

Los chambones no me cuadran,
¿cómo diantre voy a andar?
Yo no sé como regiones
camina Doña Sabà! (Mirando los botines)

Este espacio que aquí sobra
me lo puedo figurar.

Aquí pone su juanete
la vieja Doña Sabà.

(Camina de un lado a otro.)

(Tocan a la puerta.)

PADRE RUFO:

(Llamando) Juan Aquilino!

JUAN AQUILINO:

(Fingiendo la voz) ¿quien es?

(Para sí) Es Don Rufo, otra vez.

(Juan Aquilino abre la puerta)

Pase usted, su merced. (Entra Padre Rufo evidentemente asombrado, No reconoce a Juan Aquilino disfrazado de mujer).

¿En que puedo servirle?

PADRE RUFO: Dispèñsemè jovencita,
¿Que se le ofrece a usted aquí?

JUAN AQUILINO: De visita solamente.

PADRE RUFO: ¿A quièn viene a visitar?

JUAN AQUILINO: A un pariente muy cercano
que nunca he conocido y
se llama Juan Aquilino.

PADRE RUFO: ¿Su primo? ¿Qué Extraño? (Hace ademàn
de buscar en el escritorio algo)

JUAN AQUILINO: ¿Por qué? ¿No ve usted el aire de
familia?

PADRE RUFO: Francamente no lo veo. ¿Dònde estarà
el dichoso libro de la epistola de San
Pablo?

JUAN AQUILINO: ¿Se le ha perdido algo, su Merced?

PADRE RUFO: Sin la epistola de San Pablo no puede
haber boda y ahora la cosa se complica
con la ausencia de ese rufiàn.

JUAN AQUILINO: ¿Còmo dice, su Merced?

PADRE RUFO: Nada, nada, no me haga usted caso.
¿Dònde estarà el breviario?

JUAN AQUILINO: ¿Està nervioso, su Merced?

PADRE RUFO: ¿Quiteme usted tantas mercedes y verà
que me compongo! (Sigue buscando en
todos sitios)

JUAN AQUILINO: Està bien, su Merced... (Pausa) Espero
amistades mías que no tardaràn en
llegar.

PADRE RUFO: ¿Amistades? ¿Quiènes son?

JUAN AQUILINO: Dos Guardias Civiles, que a alguien
vienen a arrestar. (Pausa) ¿No se?
Usted debe de estar en una boda se-

gùn me ha informado el primo.

PADRE RUFO: ¿Qué dice usted? (Siempre buscando)
¡Al fin, ya está! (Encontrando el
brevario)

JUAN AQUILINO: Los guardias, mi primo y yo.

PADRE RUFO: (A Juan Aquilino)
Se portarán con mesura.

JUAN AQUILINO: Sobrará la compostura,
conozco la uniformada.

PADRE RUFO: Esta fiesta no promete ser muy
sana a juzgar por lo que veo.

JUAN AQUILINO: Váyase usted en buena hora, su
Merced...

PADRE RUFO: Otra vez con la Merced.

JUAN AQUILINO: Vaya usted y esté seguro que la
fiesta ha de ser comedida.

(Se le caen los bucles a Juan Aquilino)

PADRE RUFO: ¿Qué es eso que se ha caído?

JUAN AQUILINO: Nada, adornos de niña elegante. (Aparte)
¡Ay, San Antonio bendito! Tu peluca
está hecha trizas! (Componiéndose) (Se
sienta en la butaca) A ver, a ver, su
Merced, cuénteme lo que le pasa.
(Cruza las piernas y se le ven los cal-
zones)

PADRE RUFO: (Al ver los calzones) Jovencita, jo-
vencita pero es que usa usted calzones!

JUAN AQUILINO: Seguridad inouesta por nuestra
madre.

PADRE RUFO: Son calzones de mozalbete. A ver,
débeme ver.

- JUAN AQUILINO: Eah, su Merced, no lo haga usted.
¿Qué dirá de esto la gente?
- PADRE RUFO: ¿Y esa cofia? ¿Y esos rizos? Si pa-
recen postizos:
- JUAN AQUILINO: Me hace daño, su Merced.
- PADRE RUFO: (Le quita la cofia, le levanta la falda
y se dejan ver los calzones de Juan
Aquilino)
- ¿Y esto ...a qué se debe?
- JUAN AQUILINO: Vestido de señorita podré engatusar
la guardia. La cofia de Doña Sabà, los
rizos de San Antonio, la saya de Monsita
ah...y los tacones de la vieja, que cuan-
do lo sepa me matará.
- (Tocan a la puerta)
- PADRE RUFO: ¡Los guardias, los guardias!!!
- JUAN AQUILINO: Serenos, padre, salga por la puerta
de atrás.
- PADRE RUFO: Tanto percance me ha sumado treinta
años de indulgencias!
- (Tocan levemente a la puerta)
- DON REGINO: (Desde fuera) La gente espera. Me
manda Doña Sabà.
- PADRE RUFO: (A Juan Aquilino) Abrele la puerta
a Don Aguacate.
- JUAN AQUILINO: ¡Qué viejo impropio!
- DON REGINO: Padre Rufo. (Se percata de Juan Aquilino,
quien ya se ha arreglado su peluca.) No
sabía que aquí había gente! ¡
¡Pobre usted, padre Rufo, Doña Sabà está
impaciente, Don Emeterio espera arreglar
su muerte y yo por mis tres hermanas.

PADRE RUFO: ¿No ha llegado el novio?

DON REGINO: No.

PADRE RUFO: Suspénda la letanía, que allá voy yo al instante.

DON REGINO: (A Juan Aquilino) ¿Cuál es su gracia?

JUAN AQUILINO: (Con coquetería) Margarita, para servirle a Dios y a usted.

DON REGINO: (Complacido) Bonito nombre.

JUAN AQUILINO: Gracias, gracias!

DON REGINO: (Abochornado) Je, je, je, je... . Es verdad...¿No va usted a la boda?

JUAN AQUILINO: No señor, no estoy invitada.

DON REGINO: Mi nombre es Regino para servirla.

PADRE RUFO: (Desafiante) MARGARITA.....

JUAN AQUILINO: ¿Qué medice, su Merced?

PADRE RUFO: Vè apuntando las mercedes, que me encargo yo después....

DON REGINO: (A Don Rufo) ¡Qué graciosa y qué salada!

JUAN AQUILINO: Gracias, gracias Don Regino...

PADRE RUFO: (Exasperado) Hasta donde voy a soportar. ¿No respeten mi letanía, mi tensión y mi misal?

(Tocan fuertemente a la puerta)

PADRE RUFO: ¡Esta vez sí es de verdad!

GUARDIAS: (Desde afuera) Abrid la puerta, abrid la puerta!

PADRE RUFO: (Agarrando fuertemente a Don Regino por el brazo) Venga usted conmigo, alcaburria desteñida, o lo frío en aceite hirviendo! (A Juan Aquilino) Entretenlos todo el tiempo y mucho más.....

DON REGINO: (Confundido) Pero, ¿qué ocurre?

PADRE RUFO: Nos vamos por la cocina.

(Salen Don Rufo y Don Regino por la puerta de atrás.)
(Toques fuertes a la puerta.)

GUARDIAS: (Desde afuera) ¡Abrid en nombre de la Reina Regente.

(JUAN AQUILINO se arregla la cabellera, imita andar de señorita y se dispone a abrir la puerta.)

GUARDIAS: ¡Abrid, por última vez, abrid!

JUAN AQUILINO: (Abriendo la puerta) Buenas tardes, oficiales....

SARGENTO ERRACHEA: Buenas... (Al Cabo) ¿Has visto que monada hay en casa del Cura?

CABO GUTIERREZ: ¡Alabado sea Dios!, ¡Virgen de Pamplona!

JUAN AQUILINO: (Con coquetería femenina) Adelante oficiales.... (Pausa)
¿En que puedo servirlos, oficiales?

SARGENTO: (Raspándose la garganta) Bueno, guapa ya te informaremos de lo que queremos. ¿Está aquí el Cura?

JUAN AQUILINO: (Provocativa) No, no está en casa. (Pausa) El Padre está de oficio. Podéis pasar a esperarlo. Sentaos.

JUAN AQUILINO: Uy!..pero que guapos son los dos!

CABO GUTIERREZ: ¿No nos ves a menudo?

JUAN AQUILINO: Es verdad. Soy de un campo de Carolina. Allí nunca veo oficiales.

CABO GUTIERREZ: Gracias por el ascenso.

JUAN AQUILINO: (Al Sargento)¿Usted será coronel?

CABO GUTIERREZ: Mucho le falta, éste no sabe leer.

SARGENTO: Soy del rango que tú quieras

JUAN AQUILINO: ¡Qué simpático es usted!

SARGENTO: Pues, mírame tú Gutiérrez, que he caído ya de lleno!

CABO GUTIERREZ: (Aparte) Siempre y cuando que la chica no huela la casaca....

JUAN AQUILINO: (Al Cabo) Usted tiene también su simpatía.

CABO GUTIERREZ: Menos mal, que me toca algo.

SARGENTO: Dínos guapa, ¿qué tú haces aquí?

JUAN AQUILINO: Soy la nueva criada.

SARGENTO: ¿Estás siempre ocupada?

JUAN AQUILINO: Siempre, siempre. Por las mañanas, las tardes y las noches voy al Novenario. Siempre me ve usted rezando, pues el Reverendo Padre quiere que siempre me mantenga pura y devota. ¡Ay, mi bendita pureza!

SARGENTO: ¡Qué pretensiones se trae ese cura!

JUAN AQUILINO: Otras son tantas las veces que me quedo aquí en la casa haciéndole los quehaceres a Doña Sabá.

CABO GUTIERREZ: ¿A qué señora?

JUAN AQUILINO: Al ama de llaves del Señor Padre

CABO GUTIERREZ: Entendemos, entendemos.

SARGENTO: ¡Qué pena!

JUAN AQUILINO: No creo que el Señor Padre me dejaría salir hay mucho peligro en el mundo para una niña así....

SARGENTO: Depende de la compañía.

CABO GUTIERREZ: Cuando liquidemos al Cura verás que buena compañía tendrás.

JUAN AQUILINO: (Al Cabo) ¿Que dijo usted?

CABO GUTIERREZ: Nada que tenga importancia...

JUAN AQUILINO: Entonces, ¿esperan al Señor Padre?

SARGENTO: Sí, muñeca preciosa!

JUAN AQUILINO: (Arreglándose la peluca) ¿Les puedo ofrecer un trago de vino?

SARGENTO: Hombre, pues claro, dicen que el vino de cura es el mejor que se encuentra.

CABO GUTIERREZ: Si va a tardar el Cura pasémoslo como mejor podamos.

JUAN AQUILINO: Ya mismo preparo las copas. (Sirve dos copas de vino)

SARGENTO: ¿Y tú no tomas nada?

JUAN AQUILINO: Ay no, Señor Coronel! El Señor Padre dice que nada se ve de bien, una niña emborrachándose. (Pausa) Y menos con dos hombres extraños.

CABO GUTIERREZ: Anda monerón, un sorbito del Comandante. El vino alegro a la gente y estimula el querer.

SARGENTO: Ascendiste ya de grado. Pronto serás General.

JUAN AQUILINO: (Al ver las insistencias del Cabo)
A la verdad que es fuerte el vino del Señor Padre.

SARGENTO: (Agarrando por el brazo a Juan Aquilino)
¡Qué mozita deliciosa!

JUAN AQUILINO: Me hace daño Coronel!

SARGENTO: ¡Ojalá no llegue el Cura que aquí vamos a gozar.

JUAN AQUILINO: Buen seto se llevarán.

SARGENTO: Anda, monada, siéntate en mi falda.

JUAN AQUILINO: Me mata el Señor Padre.

SARGENTO: ¿Cómo Diablos lo va a saber?

JUAN AQUILINO: (Fingiendo timidez) ¿Aquí delante del Comandante?

CABO GUTIERREZ: Por mí, ni te preocupes. Hace tiempo que anda en bullo.

JUAN AQUILINO: Mire, que me da vergüenza.

SARGENTO: Ven acá.

CABO GUTIERREZ: Vó donde él.

JUAN AQUILINO: (Separándose del Sargento) ¿Les sirvo más vino?

SARGENTO: Tcha para acá el garrafón. (Bebe en la botella) Más y más. Siempre y cuando te quedas con nosotros.

JUAN AQUILINO: No, si yo no salgo. Cuido de la casa.

AMBOS: Menos mal. ¿aquí no vive un mozalbete?

JUAN AQUILINO: (Intranquilo) Sí, aquí vive, si Señor.

CABO GUTIERREZ: ¿Y él, que queda del Cura?

JUAN AQUILINO: Es su ahijado, Comandante.

CABO GUTIERREZ: Con ese hay que arreglar cuentas también.

JUAN AQUILINO: ¿Cómo dice, Comandante?

SARGENTO: Es un truhán, un vagabundo. (Pausa)
¿Cómo es que se llama el mozuolo?

CABO GUTIERREZ: Qué sé yo. Tengo el nombre apuntado en la libreta. (Saca una libretita del bolsillo y lee) Se llama, Juan Agripino, creo.

JUAN AQUILINO: (Aparte) Este es un nuevo bautismo.

SARGENTO: (Al Cabo) ¿Pero no vamos a hacer nada contra él?

CABO GUTIERREZ: No, porque es menor de edad.

JUAN AQUILINO: (Aparte) Dios me bendiga estos bucles y la saya también.

CABO GUTIERREZ: Pero es tan bribón como el Cura.

JUAN AQUILINO: (Disimulando)
Bebamos que hay mucho vino.

SARGENTO: Bebamos. (A Juan Aquilino) ¿Cómo te llamas, monada?

JUAN AQUILINO: Margarita.

SARGENTO: ¿Saldremos una nocecita de éstas, Margarita?

JUAN AQUILINO: Ya veremos, Coronel.

CABO GUTIERREZ: (Al Sargento) ¿Se lo decimos ahora?

SARGENTO: No, que puede asustarse la niña.

JUAN AQUILINO: Asustarme yo, al lado de dos oficiales.

SARGENTO: Aquí tienes protección.

CABO GUTIERREZ: Pues aquí va... Vinimos a arrestar al Curro.

JUAN AQUILINO: ¿A él nada más?

CABO: A él nada más.

JUAN AQUILINO: Por mi parte, llevénselo ahora. (A ambos) ¿Otro sorbo de vino? Esta vez los acompañe.

SARGENTO: (Sienta a Juan Aquilino en su falda) Ya verás que mucho vamos a gozar tú y yo.

JUAN AQUILINO: Cuidado, mi Coronel. Soy una niña delicada.

SARGENTO: (Tocando sus brazos) Pero eres fuerte, muchachita.

JUAN AQUILINO: En el campo somos fuertes.

SARGENTO: Tú tendrán un nombre hermoso. Cuando me retire de la guardia me voy a vivir a tu campo.

JUAN AQUILINO: Margarita, yo me llamo.

CABO: Cuando salgo con, digo con el Coronel siempre tengo las de perder.

SARGENTO: (Mostrando rasgos de borrachera ya) Gracias, mi Comandante.

CABO: Vendrán mejores momentos.

JUAN AQUILINO: Hombre, pues claro.

SARGENTO: (Abrazando a Juan Aquilino) ¡Lindo turrón de Alicante!

CABO: ¿Otro trago?

(Tocan a la puerta)

CABO GUTIERREZ: ¿Quién vive?

SARGENTO: Se estropeó la fiestecita.

JUAN AQUILINO: No tengo la menor idea.

SARGENTO: (Al cabo) Asómate a la ventana.

CABO: (Asomándose a la ventana) Son tres señoras fallidas.

JUAN AQUILINO: Pues, entonces, compostura. (Se arregla su café, su vestido y aguarda la entrada de la visita.)

CABO: (Abre la puerta) Buenas tardes en nombre de la Reina Regente! (Entran Doña Gregoria, Doña Simona y Doña Raquel. Las tres gritan asustadas al ver al Cabo Gutiérrez)

SARGENTO: (Al verlas) ¿Quiénes son estos adefe-sios?

CABO: ¿Venís a buscar agua bendita?

GREGORIA: (Tratando de componerse) ¿Dónde está el Señor Padre?

SARGENTO: Eso quisiéramos saber nosotros.

JUAN AQUILINO: El Señor Padre está en una boda vesper, digo matu, en fin, una boda por la tarde.

SIMONA: ¿No es hora de que pasara ya?

JUAN AQUILINO: No sè nada de eso.

RAQUEL: (A Juan Aquilino) ¿quièn eres tù?

JUAN AQUILINO: Margarita, la nueva criada de Carolina.

GREGORIA: ¡Ay, mi lumbago!

SIMONA: ¡Qué mal estoy!

RAQUEL: ¡Apíadate de mí, San Venancio!

LAS TRES: ¿Nos sentamos, por caridad?
¡Estamos tan adoloridas!

SARGENTO: Sentaos señoras, no os importeis por nosotros.

SIMONA: ¡Ay, mi dispepsia!

SARGENTO: Pero bueno, ¿Y tanta queja?

JUAN AQUILINO: Es el trío de las dolomas.

GREGORIA: (A Juan Aquilino) Dices que eres la nueva criada.

RAQUEL: Yo he visto tu cara antes. Dime, criatura, ¿dònde yo te he visto a ti?

JUAN AQUILINO: Pues no sè señora, háce poco que estoy aquí.

LAS TRES: ¡Qué mal estamos!

SARGENTO: (A Juan Aquilino) ¿Les ofrecemos vino?

GREGORIA: Yo sufro de herbederas.

SARGENTO: De eso se encarga el alhachol.

SIMONA: Yo soy dispènsica.

SARGENTO: Espètose un trago y no jorobe más.

GREGORIA: ¡Virgen Santa, que soez!

CABO: No hay como la uva madura. Beba, beban todas.

LAS TRES: Nosotras nunca lo usamos.

SARGENTO: Pues es tiempo de que comiencen.

LAS TRES: ¡Qué mal nos sentimos todas!

JUAN AQUILINO: Un trago, nada más señoras.

LAS TRES: Nosotras nunca lo usamos.

CABO: Han perdido la mitad de vuestras vidas.

GREGORIA: Algo raro hay aquí. ¿Qué diría Don Rufo si viera este espectáculo?

JUAN AQUILINO: (Aparte) Rezaría tres novenarios de cantazo y brincaría para arriba de la alegría!

SARGENTO: Otro trago.

JUAN AQUILINO: Va, enseguida.

GREGORIA: ¿Qué hacemos aquí, hermanas?

SIMONA: Nunca, nunca salimos y cuando lo hacemos, miran en que líos nos metemos.

GREGORIA: Pobre Padre Rufo, lo han profanado su casa.

SIMONA: Est. niñ. es una pinta, pero es graciosa.

RAQUEL: Deja que se lo cuente a Sabá.

GREGORIA: Cuando lo sepa Sabá.

SIMONA: Ay Sabà!

CABO: Margarita, dale vino a las tres damas,
que este asunto no se acaba.

JUAN AQUILINO: Bueno. ¿Quieren vino o jarabe de
hipecacuaana?

LAS TRES: ¡Què escàndalo!, ¡Hermanas!

SARGENTO: ¡Què espectàculo!

LAS TRES: ¡Ay, ay, ay
que me voy a enfermar
que me estoy enfermando!
Ay, ay, ay,
que me voy a agravar,
que me estoy agravando!
Me voy a morir,
Yo me morì ya.
Confesiòn, que nos vamos!
Que el cielo nos perdone!

SARGENTO: ¡Ay, Dios, pero si es la muerte
a plazos!

CABO: ¡Compadre, què de cosas!

LAS TRES: (Reaccionando de sus dolores)
¿se puede saber què hace la
guardia aqui?

JUAN AQUILINO: Han venido a visitarnos,
todos somos muy amigos.
Amì siempre me protegen.
los galones de la uniformada.

SARGENTO: (Tomando por el brazo a Raquel)
Vèngase y dèse un palo.

RAQUEL: ¡Ay, ay mi lumbago,
ay, ay! ¿y mi honra queridas
hermanas? ¿Serà que la voy
a perder?

- CABO: ¡Ay su honra! Deje en paz a sus hermanas! Miren que honra por tantos años guardada!
- SARGENTO: Un momento, mi señora. sólo quiero ser cortés. Si la ofendo, le ruego que me disculpe. Ya ve usted.
- SIMONA: No he querido ofenderlo. Es que nunca he visto un hombre tan de cerca.
- SARGENTO: Pues, míreme bien, señora.
- GREGORIA: Hazte fuerte, Simona. Vence todas tus dificultades.
- SARGENTO: Pero bueno, ¿qué regiones se cree usted?
- RAQUEL: ¡Ay Regino, mira donde ha parado tu hermana en esta casa tan sana!
- LAS TRES: Libranos Dios del pecado,
de las malas influencias!
Danos la honra en tu honor,
antes morir que ser deshonradas!
Se acerca nuestro martirio,
Señor danos el auxilio!
que fuerza encontraremos
y jamás traicionaremos
el amor que te tenemos!
- Apídate de nosotras,
enséñanos el camino,
infelices ovójuelas,
por los siglos de los siglos....
- JUAN AQUILINO: Amén, amén, amén....
¡qué santa letanía!
- SIMONA: Protéjenos, San Ramón Nonato!
- JUAN AQUILINO: Esta sí que quiere ir lejos,
el patrón de parturientas
encomienda su persona!
¡Alabado sea el Señor!

LAS TRES: ¡Ay, nuestro honor!

CABO: Que en secreto se les muera.

SARGENTO: ¡Libranos Dios, digo ahora.

RAQUEL: ¡Cògenos confesadas, Señor!

SARGENTO: (Imponiéndose) ¡Basta ya de algara-
bia. Porque no nos sentamos todos
en feliz camaradería? Nos damos
cuatro tragos y a gozar de la alegría.

SIMONA: ¿Habrá que complacer?

RAQUEL: Sí, hermanas, habrá que complacer.

JUAN AQUILINO: ¿Cómo lo quieren, en copa o en la
botella?

CABO: En la botella, como hacemos todos.

SIMONA: Bebamos un sorbo para disimular.
El licor es peligroso. Estéis
atentas, hermanas. (Las tres beben
un sorbo)

LAS TRES: ¡Ay, ay, ay!
Mi dispepsia,
mi lumbago,
las herbederas!

JUAN AQUILINO: ¿Otro trago, señoritas?

GREGORIA: (Mirando a sus hermanas)
Con mesura.

RAQUEL: Somos mártires de la pureza!
(A Raquel) ¿Tú trajiste el Rosario?

GREGORIA: No, en la prisa lo he olvidado.

SIMONA: Somos mártires. (Pausa) Pero que
bueno está el vino hermanas.

SIMONA: Si he de ser la primera, Señor, te encomiendo mi alma.

RAQUEL: No debéis de estar tan preocupadas. Fijense en Margarita lo tranquila que está.

GREGORIA: Esa ya está acostumbrada.

SIMONA: Margarita, ¿puedo tomar otro poquito de vino?

JUAN AQUILINO: ¿En la botella, hermana?

SIMONA: Que más da, menos molestia.

GREGORIA: Dios proteja a esta desgraciada. A Sabà se lo diremos.

RAQUEL: Que la despida al instante.

JUAN AQUILINO: Ya está llegando la hora. (El reloj da cinco campanadas) Don Rufo dijo que los detuviera.

SARGENTO: ¿Qué murmullas, Mercedita?

JUAN AQUILINO: Margarita, por favor.

LAS TRES: ¡Qué desdichadas somos!

JUAN AQUILINO: Vamos a buscar al cura.

SARGENTO: Pero danos más vino antes.

SIMONA: Sí, Margarita. (A las hermanas) ¿Otro sorbo, hermanas?

JUAN AQUILINO: Todo el que deseen, hermanas.

CABO: Vamos a buscar al Cura.

SARGENTO: Vamos.

GREGORIA: Nosotras nos retiramos.

JUAN AQUILINO: Nos vamos todos juntos.

LAS TRES: Nosotras nos retiramos.

JUAN AQUILINO: No tenían tanto empeño en ver al Señor Cura? Pues vamos a la Iglesia todos.

SARGENTO: Otro traga.

CABO: (A las hermanas) ¿No me acompañan a mí?

SIMONA: Uno pequeño vendría bien. Hay que decirle a Regino que nos compre vino. Nos alivia las dolencias. (Con hino)

SARGENTO: Un momento! De aquí no se va nadie. Todavía queda más vino.

CABO: Si es cuestión de esperar, venga más vino.

LAS TRES: (Mirándose una a otra) Se verá mal.

SIMONA: Yo no creo.

JUAN AQUILINO: Pues entonces, a tomar. Otra copa Coronel, otra copa Comandante. (A las tres) Otra usted, Doña Simona, que no le hará nada de mal. A beber todo el mundo. A beber que da placer.

SARGENTO: (Agarrando a Juan Aquilino) Bien, por la graciosa mozita.

JUAN AQUILINO: Menos fuerza, Coronel. Me hace usted daño.

CABO: Venga mi copa!

LAS TRES: Libranos Señor de lo que pueda venir!

JUAN AQUILINO: A beber, a beber. (Aparte) Ya han pasado las cinco. No tengo responsabilidad.

SARGENTO: Otra copa para el Coronel.

JUAN AQUILINO: Con mucho placer.

CABO: El Comandante también bebe.

JUAN AQUILINO: Aquí va.

LAS TRES: Otra vez, líbranos Señor de lo que pueda pasar. (Quejándose) ¡Ay, Señor, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén!

En medio de este Concertante y toda esta algarabía cae el telón rápidamente.

TELON RAPIDO

CUARTO CUADRO

En la sacristía de la Iglesia. Aproximadamente media hora más tarde que el cuadro anterior. Casi simultánea la acción con la del cuadro anterior. En un banco al fondo están sentados Doña Saba, Monsita, esta vez con su velo y corona, Don Emeterio y Don Regino. El Padre Rufo, en primer plano nervioso se pasea de un lado a otro de la Sacristía.

PADRE RUFO:

Esta calma me exaspera,
ya no sé que voy a hacer.
Si sólo la gente supiera
lo que voy a padecer,
si me arrestan esos guardias
antes del atardecer.

Ya todo está listo,
la goleta está avisada.
Sólo falta ver si el niño
ha despistado la guardia
Para escurrirme hasta el puerto
y salir a toda marcha.

El Señor Obispo aprueba
mi retirada angustiosa.
Ni a él ni a mí nos conviene
meternos en este embrollo.
Si tan sólo yo supiera
donde está mi monaguillo
estaría yo más tranquilo
para officiar esta boda.

Pero que se podrá hacer
si el novio no se presenta.
Ese seguro estará
indagando porqué está
ese barco en la bahía
que tan misteriosamente
ha anclado sin mercancía.

¡Ah, Remualdo Palacio!,
¿Qué te traes tú entre manos?

DOÑA SABA:

Padre Rufo, ¿qué cree usted
que habrá pasado?
¿Por qué no viene Julián?
Estamos todos impacientes.
Ha pasado más de una hora.

Algo extraño! le sucede.
Nunca he visto cosa igual...
Yo no creo en supersticiones,
sin embargo, debo añadir
que al ver la pajarraca que
entrò por casa esta tarde
me vino a la mente un presagio.
(A Monsita)

Hija mía, no te quiero amedrentar,
pero estoy tan intranquila
que no me puedo aguantar.

MONSITA:

Calma tía, por piedad.
Mire que estoy conteniendo
lo que no se puede imaginar.
Ya sabe usted que mi novio
ha estado muy ocupado
y probablemente ha tenido
muchas cosas que ultimar.

PADRE RUFO:

(Aparte) Las que no se pueden
figurar.

MONSITA:

Ya sabe usted que él es solo
y tiene sus propios asuntos
que le toman tanto tiempo.
Yo estoy segura que viene
dentro de cualquier momento.
Así es que le pido paciencia
que yo necesito bastante.

PADRE RUFO:

Vais a suspender la chachara
que yo también estoy impaciente.
A esperar con paciencia
que el novio no se arrepiente.

DON EMBETERIO:

(Desde el fondo sentado)
Mis buenos y consecuentes amigos
yo quiero tener la palabra.
Mirèmosnos uno a uno las caras.
En materia de sacramentos
como el que hoy efectuamos
se puede alterar el orden,
porque esta ya no es boda
ni cosa que se parezca.

Estamos de vigilia,
algo así como un mortuorio
donde no hay muerto presente.

DOÑA SABA:

Jesús mío, Don Emeterio,
¿cómo piensa usted tal cosa?

PADRE RUFO:

(Volviendo la espalda)
No tiene otra cosa en mente.
Siempre sueña con las cajas,
la mortaja y los cuatro cirios.
Dondequiera que él está
todo huele a funeral.

DON REGINO:

(Desde atrás)
¿Cómo estarán mis hermanas?
Nadie las puede cuidar.
Cuando haya necesidad
no las debo dejar solas.
¡Qué pena horrible me da!

MONSITA:

Vamos a callarnos todos.
Julión no tardará en llegar.

PADRE RUFO:

Muy bien pensado, Monsita,
menos mal.

DOÑA SABA:

(Exasperada)
Piensa tú lo que te plazca.
Algo raro está pasando
que no se puede ocultar.

DON EMETERIO:

Un perfecto funeral.
Peor que los que yo organizo.
Estoy por decir que los míos
son más llevaderos que éste.
(Pausa) Permítame una pregunta
si no lo voy a ofender. ¿Para
qué hora estaba fijada la boda?

PADRE RUFO:

¡Qué importa ya la hora! Yo
también tengo mi prisa. Siempre
ocurren otros menesteres
pastorales.

DON EMETERIO: ¡Qué contratiempo!
Porque les debo decir, amigos míos,
que he dejado el negocio solo.
He venido gustoso, aceptando el honor
que me ha conferido Monsita.

PADRE RUFO: Si se callara este viejo con su
boca de pantebón.

DON EMETERIO: Usted sabe padre, que en
asuntos de negocios
el que está junto a la palma
es el que se come el coco.

PADRE RUFO: ¡Qué gente tan impertinente!
No saben que dentro de pronto
las siete plagas de Egipto
coerán sobre mi persona.

DON REGINO: ¡Mis pobres hermanas,
tan tristes y tan solas!

MONSITA: Yo me quito la corona.

DOÑA SABA: ¡Niña, no, que es mal presagio!

DON EMETERIO: ¡Mi negocio a la deriva,
yo no cobro el funeral!

PADRE RUFO: Nunca he visto tanta usura.
Capaz de enterrar a su madre
y cobrarle a sus hermanos!

DON REGINO: Propongo que recemos un Rosario
en lo que el novio llega.

PADRE RUFO: No señor, suspendidas las
oraciones!

DON REGINO: Solamente lo decía
por ocupar el pensamiento
y elevar nuestros corazones.

DON EMETERIO: Disimule el desespero, Don Regino
¿No ve como disimulo yo?

PADRE RUFO: Hay bastante disimulo, querido Don Emeterio.

DON REGINO: Mis pobres y santas hermanas! Imaginense que algo les pase sin la bendición apostólica!

PADRE RUFO: No les falta bendiciones. Hartas de ellas ya están. Son muchas que llevo dando en sus muertes aplazadas. Si puedo ir las a ver, iré, si no puedo, que se va a hacer. De manera, Don Regino, suspenda su letanía, y si mueren, buena suerte para el funerario. (Señalando a Don Emeterio) Entierro para las tres.

DON EMETERIO: No embreme con mi negocio.

DON REGINO: Ni con mi angustia, también.

DOÑA SABA: Aquí ocurre que el barco de Ponce sale a las seis.

PADRE RUFO: (Aparte) No sé si ha salido el mío.

DOÑA SABA: ¿Qué decía, Padre Rufo?

PADRE RUFO: Eso, del barco de Ponce.

DON EMETERIO: Podríamos posponer la boda, tal vez hasta mañana.

MONSITA: Por favor, Don Emeterio, no empeore usted la cosa.

PADRE RUFO: Mañana yo no haría boda, señoras y señores.

DOÑA SABA: Pues no habrá sólo que esperar.

DON REGINO: ¡Animas del purgatorio!

- PADRE RUFO: Vaya usted a hacerle compañía!
- DON EMETERIO: Padre, ocurre, una cosa importante que no he podido decir. Se ha muerto Don Regalado Umbría y su ataúd no he podido expedir. Pobre Don Regalado, todos ellos han sido clientes míos. (Con paciencia) Perderè esta vez el cargamento!
- PADRE RUFO: Amigo, Don Emeterio, obsequie usted este sacrificio en sufragio del alma de Don Regalado. Todo San Juan sabe que nunca le regalò nada a nadie. ¡Cristo Sagrado, habrase visto algo igual!
- (Don Rufo se pasea por el frente de la escena, los personajes permanecen estáticos. La orquesta introduce el tema de María Renard. Se va desenvolviendo la música, hasta que hace su entrada por la puerta María Renard.)
- MARIA RENARD: ¿Es esta la sacristía?
- PADRE RUFO: ¿Qué pasa ahora?
(Don Regino hace ademàn de levantarse para saludar la visitante. Doña Saba la mira con desdèn)
- DOÑA SABA: ¿Que amistades se trae el Padre Rufo! Jamàs lo hubiera creído. (A Monsita) No te incomodes, hija mía. No la mires.
- MARIA RENARD: (Con gracia) No pude resistir la tentación, Padre Rufo, Padre Rufo, si supiera a que he venido.
- PADRE RUFO: Anda niña, anda niña que me sacas ya de quicio.
- MARIA RENARD: Hoy ha llegado un barco y se lleva al General Palacio.

De España lo han destituido
de su poder y su cargo.

PADRE RUFO:

(Exclamando fuertemente)
¡Santo cielo, me has oído, Santo
Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal,
Júbilo en la Antilla, Júbilo General..
Ahora, marrano maldito, General de mil
demonios, Sietemeses han pasado bajo
tu tiránico mando. Hoy triunfa en la
tierra más la paz y la libertad. Ahora
marrano indecente, ¿a quién vas a com-
prometer? Caíste en tu propia trampa y
no te puedes salvar.

(Reina expectación en los demás perso-
najes. Doña Sabá brinca de alegría.
Monsita demuestra su contentura. Sólo
Don Emeterio y Don Regino permanecen
inmutados.)

MARIA RENARD:

Cuando escuchan el cañonazo
el barco saliendo estará.
Ya todo San Juan lo sabe
Y nadie le tiene pesar,
solo los incondicionales
sufrirán por su partida,
porque el General Contreras
lo viene a sustituir
y todos ellos ya saben
que la tiranía no va a seguir.
¡Viva Juanito Arrillaga que el
mensaje supo dar!

PADRE RUFO:

¡Viva en General Contreras
el noble y gran militar!
¡Viva la autonomía
y el glorioso Don Román!
(A Don Regino) Comience usted
el Rosario que hay mucho
porque rezar.

(Suena el cañonazo afuera, las damas se sobrecogen. Don Regino interrumpe el Rosario. Sólo Don Emeterio permanece inmutado.) (Entra precipitadamente Julián)

JULIAN:

Salud, salud y alegría
tengan todos este día!
Monsita, querida mía
perdóname esta tardanza
pero tenía que atender
los asuntos de mi patria.
Orgullosa estarás cuando
sepas la batalla que tu
esposo ha ayudado a
conquistar.

MONSITA:

Ya nada, nada importa
tienes toda la razón.
Ahora te siento bien
cerca de mi corazón.

DOÑA SABA:

No me explico este bochinche,
todo lo doy por sentado.
Y si yo nunca había hablado era
que no lo creía prudente,
pero gozo con ustedes
como miembro del partido.
Ya por fin todos salimos
de ese tirano indecente.
Habrá paz y alegría
como esta Isla lo merece.

JULIAN:

Ya salió el barco, padre Rufo,
no tiene usted nada que temer,
Ahora puede venir la guardia
que no lo pueden prender!

DON REGINO:

¿Hay boda o no hay boda?

DON EMETERIO:

Está bien que se vaya Palacio
pero me espera el negocio.
A mí ni me va ni me viene nada,
No soy hombre de política.

PADRE RUFO: Usted no es incondicional ni autonomista, ni chicha ni limonada. Por tipos como usted es que nuestra patria tiene la conciencia dormida. Por eso los atropellos, por eso nos pisotea todo el que viene de afuera.

DON EMETERIO: Insisto en que se celebre la boda. (Entra Juan Aquilino medio vestido de mujer)

PADRE RUFO: Su misión ha sido cumplida!
(Julión y Juan Aquilino se abrazan. María Renard se acerca a ellos)

JUAN AQUILINO: Mi misión más que cumplida. (A María Renard) Yo soy Margarita, la nueva criada. (Se quita la peluca)

DOÑA SABA: ¿Y así has cruzado la calle? (Pausa) Conozco bien esa cofia.

MONSITA: (Con gracia) Y yo conozco la saya!

JUAN AQUILINO: La peluca es de San Pablo y los botines suyos, Doña Saba.

DOÑA SABA: Bandolero infame!

PADRE RUFO: Esta noche duermo yo en casa. Palacio ha dejado el mando. (A Juan Aquilino) ¿Dónde dejaste el cargamento?

JUAN AQUILINO: ¡Entonces ya no hay arresto! (Llamando desde la puerta) Sargento Arracchca, Cabo Gutiérrez, aquí tienen ustedes al reo.

PADRE RUFO: ¿Cómo los trajiste aquí?

JUAN AQUILINO: Los invité yo a la boda. No los quería dejar solos. Supuse que usted estaría ya en el barco.

(Entran el Sargento Arracoecha y el Cabo Gutiérrez en el máximo estado de embriaguez)

- DOÑA SABA: ¿Qué es esto, Dios de los cielos?
- JUAN AQUILINO: (Señalando al Padre Rufo) Aquí está el enemigo, el gran conspirador. Arrestadlo, ahora si pueden.
- DON REGINO: ¡Virgen de la providencia!
- DON EMETERIO: ¡Que de lios, que de lios!
- JUAN AQUILINO: A ver, a ver, soldados de la Reina Regente, ¿dónde está la valentía? (Al Padre Rufo) Ni un paso ya pueden dar.
- SARGENTO: ¡Viva España y sus colonia!
- CABO: ¡Viva España, he dicho, viva!
- PADRE RUFO: ¿Qué quiere que hagamos?
Ya lo hemos oído.
- DOÑA SABA: ¡Qué espectáculo más bochornoso!
- MARIA RENARD: Estos son los soldados de la Reina Regente y del General Compite.
- SARGENTO: (Al oír a María Renard) ¡Ay Dios, no es esto la tórtola?
- CABO: Mi Sargento, la orden de arresto.
- SARGENTO: En nombre de la Reina Regente, María Cristina de España!
- CABO: De Hapsburgo y de Lorena.
- SARGENTO: (Con hipo) Dilo tú, Gutiérrez.
- PADRE RUFO: Acaban ya de una vez.

SARGENTO: (A Juan Aquilino) Margarita, estàs cambiada.

JUAN AQUILINO: Margaritas se van a encontrar cuando regresen al puesto.

CABO: En nombre de su Serenísima Majestad (Hipo) Doña María Cristina de Hapsburgo y Lorena, Madre de Don Alfonso XIII, que Dios guarde.

SARGENTO: Lo estàs tirando con arresto de lujo.

PADRE RUFO: ¿Tiene que soltar esa monserga?

CABO: (Al Sargento) Me la sè de memoria.

DOÑA SABA: Esto es vergonzoso en plena sacristia!

DON REGINO. ¿Como estaràn mis hermanas? (Suspirante)

JUAN AQUILINO: Deje que usted las vea, ya vienen de camino. (A los guardias) Otra vez desde el principio. ¿Otro trago por María Cristina?

SARGENTO: Otro trago, Margarita.

PADRE RUFO: En el armario hay un resto.

DOÑA SABA: Por favor Padre Rufo, no prolongue este espectáculo.

SARGENTO: Bebamos, Cabo. (Juan Aquilino se quita la cofia, la peluca y los calzones)

CABO: Aquí ha habido fraude.

JUAN AQUILINO: He vuolto a mis calzones.

CABO: ¡Si es el ratòn de iglesia, el ali-cate del cura!

SARGENTO: Margarita te han podado el cabello.

JUAN AQUILINO: Los hemos podido a ustedes.

CABO: (A Juan Aquilino) A ver gusano, ¿dónde está el vino?

PADRE RUFO: El vino se ha acabado.

SARGENTO: Expide la orden de arresto, Gutiérrez.

CABO: Por orden de su....

SARGENTO: (Lo interrumpe) No, no, decidlo pan pan vino vino.

CABO: Pues el cura está arrestado.

SARGENTO: Por conspirar contra el gobierno de la Patria.

JULIAN: ¿De cual patria?

SARGENTO: De España. !Que viva siempre!

PADRE RUFO: Aquí no me pueden arrestar. Está la sede vacante. Se ha marchado el gobernador.

CABO: No juegue. ¿Y ahora qué?

JULIAN: Ya está libre, Don Rufo.

DON REGINO: Mis pobres hermanas!

JULIAN: (A la Guardia Civil) Ya no teneis gobierno. Palacio ha salido hacia España. ¿Habeis oído?

CABO: Nosotros no estamos informados.

JULIAN: Se han pasado la tarde de borrachera.

MARIA RENARD: Ya estamos todos seguros.

JUAN AQUILINO: Padre, a deshacer las maletas.

PADRE RUFO: Si, ya no voy a Trinidad.

JUAN AQUILINO: Ahora viene la ferpa del Obispo.

PADRE RUFO: Por algo hago votos de obediencia, castidad, (Mira a Doña Sabà) y pobreza, mi santa pobreza.

CABO: Sargento, en que embrollo nos hemos metido.

PADRE RUFO: Andad listos, que todavía se puede informar en la capitania de la guarapeta asquerosa que habeis cogido esta tarde en horas de oficio.

SARGENTO: ¡Viva España y sus colonias!

JULIAN: ¡Viva el partido autonomista siempre!

CABO: ¡Viva España!

SARGENTO: ¡Viva España! sigo diciendo. Es más, ¡Viva el General Palació!

DON EMETERIO: Acabamos los vitores y vamos a la boda.
(Se oyen murmullos y quejidos afuera)

JUAN AQUILINO: (A Don Regino) Se va a caer para atrás cuando vea esta nueva sorpresa.
(Tocan a la puerta.)

PADRE RUFO: Esta vez abro la puerta.
(Entran Doña Simona, Doña Gregoria y Doña Raquel)

JUAN AQUILINO: Aquí las tiene a las tres, al trío de las dolamas!

PADRE RUFO: ¡Alabado sea Dios una y mil veces!
¿Es cierto lo que estamos mirando?

GREGORIA: ¡Que cansadas estamos!

LAS TRES: ¡Ay, ay, ay!

DON REGINO: ¡Hermanas mías! (A los guardias) Si le sucede algo a las niñas entablo pleito a la corona de España.

MARIA RENARD: Ya tenemos otro afiliado a la causa.

SIMONA: (Se acerca a Juan Aquilino) Margarita, Mar, Mar, Aquilino! ¿Eres tú? ¡Ay, si es Juan Aquilino! ¡Qué broma nos han gastado!

JUAN AQUILINO: ¿Cómo se siente Doña Simona?

SIMONA: Un poco más descansada.

JUAN AQUILINO: Menos mal.

SIMONA: (Acercándose a los guardias) ¿No les ha dado jaqueca el vino? Mis hermanas ya se están quejando.

DOÑA GREGORIA Y
DOÑA RAQUEL: Más cuidado Simona,
No te acerques mucho
después de lo que ha pasado.

DOÑA SABA: ¿Qué ha pasado esta tarde?

PADRE RUFO: He aquí las tres dolamas,
se acabaron los santos bloes,
las confesiones. A tres vírgenes
como ustedes, nada hay que perdonar.

GREGORIA: Me siento muy mala.

RAQUEL: Yo no puedo dar un paso.

SIMONA: Estoy más restablecida.

DON REGINO: ¡Pobres hermanas mías!

SIMONA: ¡Qué mucha aventura!

JUAN AQUILINO: ¿Cómo nos sentimos, Don Rufo?

PADRE RUFO: Listo para la próxima campaña.

DON EMETERIO: Padre, me espera Don Regalado. Se hace tarde para amortajarlo.

DOÑA SABA: Sí, Padre, a la boda.

PADRE RUFO: Ayúdame a vestir, Juan Aquilino.

DOÑA SABA: ¡Mis pobres zapatos de cabretilla.

DON RUFO: Se pasará el cepillo el domingo y tendrá usted un par de ellos nuevos.

DOÑA SABA: ¡Por Dios Padre, que me averguenzo!

JUAN AQUILINO: (Abre un armario y saca la vestimenta del Padre Rufo para la celebración de la boda.)

PADRE RUFO: Listos ya para la boda.

DON EMETERIO: ¡Vaya, por fin que la cosa marcha!

DON REGINO: Vamos a la boda, hermanas.

LAS TRES: Vamos, vamos, hermanas.

DOÑA SABA: ¿Caminamos, Raquel?

SARGENTO: (Desde el rincón) ¡Que siga viviendo España!

PADRE RUFO: ¡Viva el Santo Matrimonio que por poco hoy no nos llega!

CABO: Vámonos Sargento, que se hace difícil el paso.

SARGENTO: Salimos Cabo.

(El Sargento y el Cabo salen tambaleándose.)

LOS DOS: ¡VIVA ESPAÑA Y EL GENERAL PALACIO!

MARIA RENARD: Padre, aquí yo no hago nada.

PADRE RUFO: Ven con nosotros, hermana del sufrimiento.

MONSITA: Venga usted, señorita.

JUAN AQUILINO: Vente tú conmigo, que yo estoy despa-
rejado.

DOÑA SABA: ¡Qué cosas tiene uno que soportar!

MARIA RENARD: Pues iré gustosamente.

(Se preparan todos para salir al altar. Monsita del brazo de su padrino, Don Emeterio. Don Regino se apareja con Doña Saba. Las tres hermanas se agrupan. Juan Aquilino con María Renard. Julián se aproxima a la cabeza de la comitiva.)

DOÑA SABA: Que salga el novio primero y luego
la comitiva.

JULIAN: Me voy yo rápidamente.

(Cae el telón mientras ellos van saliendo de escena. Caído el telón aparece el Padre Rufo. Se dirige al público.)

PADRE RUFO: Un momento, señoras y señores
la danza no ha terminado.
Escuchad sólo un instante.
Habeis visto que de embrollos
esta danza no ha traído.
Me he salvado por un pelo
pues el Señor lo ha querido.

A vosotros tan sólo os pido
que no perdeis la memoria.
Estas cosas que habeis visto
son parte de nuestra historia.

JUAN AQUILINO:

(Aparece por un extremo de la sala
a través corrido)

Padre Rufo, Padre Rufo, la gente
espera.

PADRE RUFO:

Pues que aguarden,
fiel monaguillo,
que sin el Cura
no hay boda.

(El Padre Rufo se encamina hacia el lado dere-
cho hasta salir por el lateral. Juan Aquilino
le sigue con sus pasos de costumbre. Queda la
sala desierta)

F I N

AVT:snrt